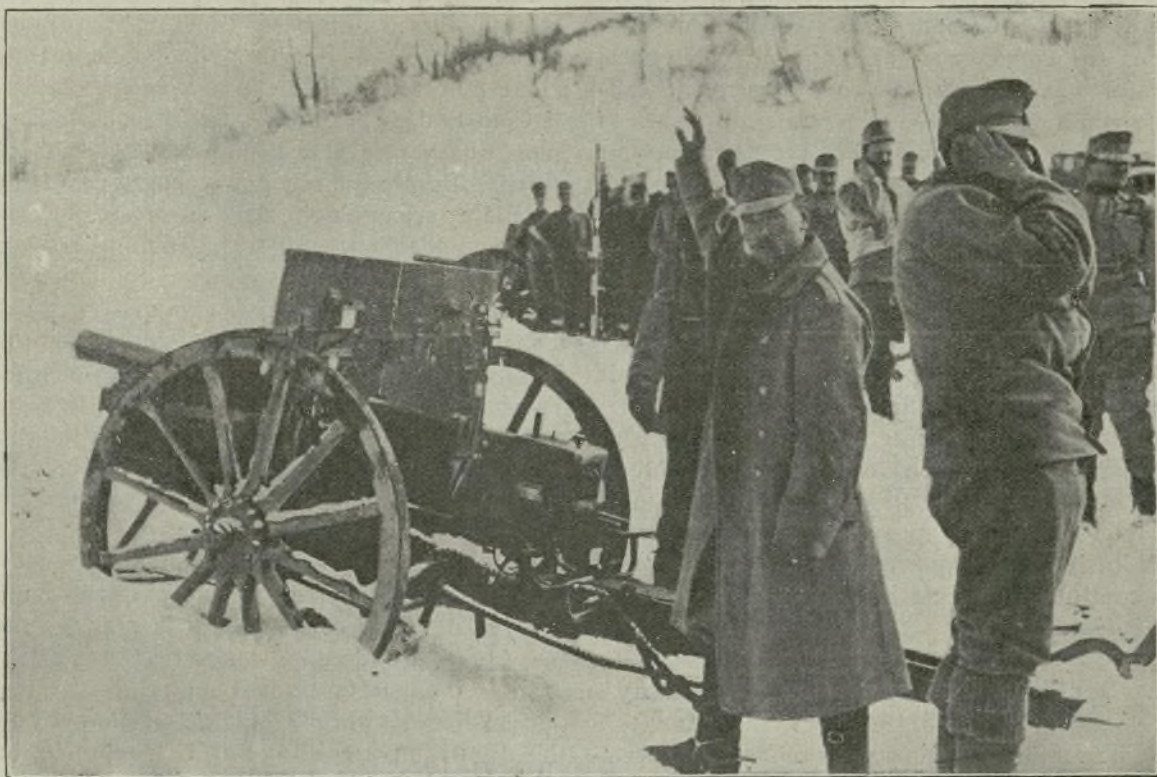


# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 113 — BARCELONA 20 DE JUNIO DE 1916



Artillería de campaña austriaca en fuego

## CRONICA INTERNACIONAL

Declaraciones memorables: I. Antecedentes.—II. La interpelación.—III. Declaraciones de Sir Eduardo Grey

### DECLARACIONES MEMORABLES

#### I.—Antecedentes

La falta de espacio nos impidió dar cabida en el número anterior a las manifestaciones hechas en la Cámara de los Comunes, el 24 de mayo, por el ministro de Negocios extranjeros Sir Eduardo Grey. A pesar de los días transcurridos, conservan todo su interés. Los lectores recordarán la locuacidad y confianza en la victoria de que hizo gala Sir Eduardo en el primer año de la guerra; para él era indiscutible el triunfo de los aliados y axiomático el agotamiento, la *extrangulación*, de los imperiales; las voces triunfo, aplastamiento del militarismo alemán, dictar leyes al enemigo, etc., etc., no se apartaban de sus labios; semejava un dictador omnipotente que imponía su voluntad. Después, mister Grey cayó enfermo y hubo de dedicar una temporada al descanso; y más tarde, reintegrado en su puesto, perdió el furor verbalista y permaneció callado. Conviene tener presente estos antecedentes, que avivarán de seguro la memoria del lector, para discernir el al-

cance y apreciar en su justo valor las declaraciones del famoso ministro inglés. Se advierte en ellas el deseo de sincerar sus actos, de justificarse, y cuánto se han disipado sus ilusiones y esperanzas. Ya no amenaza, sino que razona; no alardea de poder, sino que siente que flaquea la alianza y hace lo indecible por evitar que se salgan de ella los franceses; no afirma la victoria, pero se limita a hacer votos por que el derecho quede satisfecho; en vez de retar, indirectamente invita. Este cambio de actitud, digno de notarse en cualquier hombre público, tiene extraordinaria importancia tratándose de Grey, estadista que fué el alma de la conjuración contra Alemania. Más afortunado que Delcassée, se mantiene en su puesto, pero más desdichado que su colega francés ha de subir a la tribuna, desde la que lanzó sus cantos triunfales, para comenzar a rectificarse a sí mismo, a hacer penitencia; este es el principio del calvario que tal vez espera a Sir Eduardo, y que se resume en la negación de sí propio. Si en público se expresa como luego verá el lector, fácil es adivinar cómo pensará en las reconditeces de su mente y cuáles serán sus sentimientos íntimos



## II.—La interpelación

Mister Ponsonby expuso que la Cámara debía vigilar los trabajos diplomáticos con la misma actividad que los militares; que debía decirse si las diferencias entre los aliados y los imperiales eran lo suficientemente hondas para justificar la continuación de la guerra; que así como las autoridades militares no se presentaban optimistas, era también evidente que la diplomacia inglesa aparecía anticuada; que no era decoroso para la Cámara que, a espaldas de ésta, mister Grey expusiera sus opiniones al corresponsal del *Chicago Daily News*; que en el discurso del canciller alemán no veía nada que pudiera oponerse a un principio de acuerdo; que era menester declarar si Inglaterra tenía algún compromiso secreto con sus aliados; que no se debían exigir más sacrificios en sangre y dinero por objetivos ignorados; y que era urgente aprovechar la primera oportunidad para entablar negociaciones que pusieran término a la guerra.

Mister Mac Donald apoyó las manifestaciones de su colega Ponsonby, con la salvedad de que Alemania había de respetar la integridad de Bélgica y de Francia y se extendió en consideraciones sobre la conveniencia de llegar a una paz establecida sobre principios de justicia y que acordara un desarme general, iniciado por Inglaterra y Alemania.

A continuación figura íntegra la respuesta dada por Sir Eduardo Grey.

## III.—Declaraciones de Sir Eduardo Grey

No he venido a la Cámara pensando hacer declaraciones, y por consiguiente no estoy preparado para ellas ni para pronunciar un discurso. Si yo hubiera creído que el Gobierno alemán, la opinión alemana, y la guerra estaban en una situación tal que los Gobiernos aliados pudieran acercar la paz, que es esencial a sus intereses y a los de Europa, pronunciando discursos sobre esa paz, yo habría ya preparado algunos; pero no creo que este tiempo haya llegado. No veo signos de tal cosa. Hay uno o dos puntos, en las alusiones que se me han dirigido en el curso del debate, a los cuales puedo replicar, y a ciertas censuras personales también puedo responder. Se me pregunta, con respecto a las condiciones de paz, si estamos ligados de algún modo especial con nuestros aliados y por qué los aliados y nosotros nos hemos comprometido a pelear hasta el fin y hasta que nuestros enemigos sean derrotados. Las relaciones de Gobierno entre los aliados y la alianza entre Francia, Rusia y nosotros, han sido hechas públicas, y se han adherido después a ella Japón e Italia. Todos estamos obligados a no formular condiciones de paz si no es por acuerdo común, y no diré nada acerca de condiciones especiales de paz, salvo que: no podemos emitir juicio sobre las condiciones de paz que sean aceptables a nosotros mismos y nuestros aliados, hasta que consultemos con ellos y estemos de acuerdo con ellos. Esto excluye toda discusión separada, en lo que nos concierne, acerca de condiciones separadas y particulares de paz.

Yendo a las censuras que se me han dirigido porque he celebrado una entrevista con el corresponsal de un periódico de los Estados Unidos, me ha

dicho el honorable diputado por Stirling Burghs (mister Ponsonby) que he sido poco respetuoso con esta Cámara. No es esta la primera declaración que se ha hecho sobre este asunto, desde que estalló la guerra. Se ha hecho al cabo de un año y ocho meses de guerra, después de muchas declaraciones del Primer Ministro ante esta Cámara, y de una o dos más. ¿No habremos de conceder jamás una entrevista? Admito sin distinguos que, por respeto a la Cámara, deben hacerse las revelaciones políticas y declaraciones importantes ante el Parlamento, en primer término; pero en esta ocasión no ha habido manifestaciones nuevas. No he dicho nada que no supiera ya la Cámara de los Comunes. Se ha dicho y repetido todo una y otra vez. El honorable diputado por Stirling Burghs, en esta y otras partes de su discurso, me parece que no se daba cuenta de que estamos en tiempo de guerra. Ha dicho en un párrafo que yo había prescindido de la etiqueta. Suponiendo que en aquella entrevista yo dijera algo que antes debiera haber expuesto ante la Cámara, ¿no comprende la Cámara que estos son tiempos de guerra, tiempos excepcionales, y que en tiempos de guerra pueden surgir crisis que no dan lugar a observar la etiqueta, o aquellas elevadas consideraciones de etiqueta que se han de guardar a la Cámara, y que yo he observado muy escrupulosamente en tiempo de paz?

Los miembros del Gobierno alemán han concedido repetidamente, desde que empezó la guerra, entrevistas a los corresponsales de la prensa americana. Ahora, cuando uno de nosotros trata de defender a su propio país, en un país neutral, contra los juicios expresados por el Gobierno alemán, el honorable diputado por Stirling Burghs le reprocha de falta de respeto a la Cámara. Realmente, estos tiempos no son adecuados para tales minucias. Yo procuraré, lo mismo en tiempo de guerra que en tiempo de paz, no faltar al respeto a la Cámara de los Comunes, y hacer las declaraciones que convenga en la Cámara de los Comunes, con preferencia a otro lugar cualquiera; pero el hecho de haber concedido una entrevista al cabo de muchos meses de guerra, después de cuanto ha ocurrido, al corresponsal de un gran periódico de los Estados Unidos, no es materia bastante para que el honorable diputado por Stirling Burghs la haga objeto de censura.

Tengo algo más que decir sobre el discurso del honorable diputado por Stirling Burghs. Sugería que los miembros de los Gobiernos beligerantes—creo que se refería al Canciller alemán y a mí—no debían descender a recriminaciones sobre las causas de la guerra. El honorable diputado no debe, a su vez, descender a críticas sobre la diplomacia de su propio país antes de la guerra. Si se nos niega el derecho a entrar en el punto que censura, no debe él hablar acerca de los fracasos diplomáticos que precedieron a la guerra. Yo no me cansaré de repetir que esta guerra pudo evitarse por la aceptación de la conferencia que nosotros propusimos. ¿Por qué no se aceptó esa conferencia? Porque no había buen deseo. Fué precedida poco antes por la conferencia sobre la cuestión balcánica. Deseo que los Gobiernos alemán y austriaco publiquen los informes de sus embajadores, concernientes a la parte que la Gran Bretaña tomó en aquella conferencia. Hasta ahora no los he visto. Sin embargo, estoy completa-



mente seguro de que todo el que asistió a aquella conferencia reconocerá que la actitud del Gobierno británico fué de entera buena fe. Si el Canciller alemán insinuó que otra conferencia sólo hubiera conducido a perjudicar a Alemania y que se la habría aprovechado para preparar la guerra—cosas que oportunamente no dijo,—respondo yo que la actitud que nosotros observamos durante la conferencia que acababa de terminar, nos daba derecho a sostener que la conferencia que proponíamos en vísperas de la guerra era tal que, quienes tejían la experiencia de la anterior, podían haberla aceptado con confianza y buena voluntad. Si esto es un fracaso diplomático, el fracaso era inevitable. Yo no puedo estar de acuerdo con el honorable diputado por Stirling Burghs, en que el discurso del Canciller alemán, en el último mes, muestre aquella inclinación a la paz que el honorable diputado encontraba. Si Alemania está dispuesta a ofrecer las condiciones que el honorable diputado por Stirling Burghs apuntaba ¿por qué no lo dice? El honorable diputado nos reprocha por haber faltado a la etiqueta. ¿Qué etiqueta hay en el procedimiento de que el Gobierno alemán exponga juicios, que el honorable diputado hace públicos como si obrara en representación de aquel? Pienso en verdad que en tiempos de guerra el Gobierno del enemigo debiera de hablar por sí mismo.

En las declaraciones del Canciller alemán hay un punto que conviene examinar, en lo que atañe a las condiciones de paz. Me refiero a la manifestación sobre la actitud que guardó el Gobierno británico durante las dificultades diplomáticas acerca de Bosnia. Aquella manifestación es inexacta en lo que nos atañe. El reproche de que nuestra actitud era belicosa durante las negociaciones relativas a Bosnia, es una falsedad de primer orden. La idea de que tratábamos de empujar a Rusia a la guerra, y que dijimos que este país estaba también dispuesto a ir a la guerra por la cuestión de Bosnia, es directamente contraria a la verdad.

Cuando habláis de que apele a la razón y que espere de ella el triunfo y de que haga brillar la razón en el pueblo alemán, yo os responderé que no cabe hablar de razón al pueblo alemán en tanto se alimenta de mentiras y no sepa nada de la verdad. Me figuro que esta noticia le ha sido sugerida al Canciller alemán por aquel laboratorio que está siempre en actividad en algún rincón de Alemania, produciendo esas cosas. Mientras impere tal estado de cosas, es imposible llevar la razón a Alemania, y nuestro enemigo no se dejará convencer. ¿Qué encontramos en el discurso del Canciller alemán, según la interviú de la semana pasada? Cuando lo leí, ví que hacía responsables de la guerra y de la continuación de la guerra a los pueblos que no aceptaron las condiciones alemanas, y que tenemos que mirar en un mapa la situación militar tal como está hoy, para deducir cuáles serán dichas condiciones. En el anterior discurso del Canciller alemán se apuntan también las condiciones. Son condiciones de victoria para Alemania, de salvaguardar los intereses alemanes, prescindiendo de los demás, de dejar a los otros Estados de Europa a merced de Alemania, y de permitir a ésta que prosiga una política agresiva contra ellos. Es infantil decir que porque los ene-

migos de Alemania no aceptarán las condiciones de paz que propone Alemania sin consideración a los intereses ajenos, aquellos son responsables de la prolongación de la guerra.

El hecho real que es responsable más que cualquiera otro, de que se prolongue la guerra en este momento, es que el Gobierno alemán dice a su pueblo que ha ganado la guerra, o que si no la ha ganado ya, la ganará en las próximas semanas, y que los aliados están batidos. El hecho es que los aliados no están batidos, ni llevan camino de serlo. El primer paso hacia la paz se dará cuando el Gobierno alemán comience a reconocer este hecho. Si alguno de los aliados tiene en este momento derecho para hablar de la paz, es el Gobierno de Francia, sobre la cual ha caído, en las últimas semanas, la furia del ataque alemán. El honorable diputado por Stirling Burghs ha hablado, y ha hablado muy justamente, del heroísmo de los soldados británicos y marineros británicos, y todos los que formamos parte de este Gobierno nos confortamos cada día y cada hora pensando en el espíritu y valentía del ejército británico en campaña. Pero cuando hablaba de la bravura de los ejércitos y escuadras, bien podía haberse detenido a pagar un pequeño tributo al ejército francés en el momento presente. Las proezas del ejército francés durante la larga batalla de Verdun, están salvando a Francia, y también salvando a sus aliados. Si alguien tiene el derecho a hablar de paz en este momento, es el Gobierno de Francia. Pues bien, el Primer Ministro de Francia ha hablado, y, si las noticias de la prensa de hoy son exactas, como yo creo, ha dicho: «¿Qué pensarán las generaciones que nos sucedan, si dejamos escapar la ocasión de establecer firmemente una paz duradera? La paz ha de basarse en el derecho internacional».

Esto es lo que pensamos también, con nuestros aliados, así como sentimos y deseamos ver los frutos de una paz establecida como describía el honorable diputado por Leicester (mister Mac Donald), una paz que no sólo dure años o una generación o dos, sino que salve al mundo de una catástrofe como la de la guerra actual; tan hondamente sentimos así, que yo creo es el deber de la diplomacia en el presente momento mantener, como estamos manteniendo por completo, la solidaridad de los aliados, y prestar el máximo auxilio que se pueda a las medidas militares y navales que son necesarias, y adoptarlas en común por los aliados, para llevar esta guerra a un estado que no ha alcanzado todavía, de modo que el anhelado deseo de obtener una paz duradera se pueda trocar en una realidad.

F. LARÍN.

#### AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

**Del paso de Uszok a Turca.—Las tumbas de los que cayeron.—Prisioneros rusos.—Los fugitivos.—Opiniones de un estratega civil.**

#### X

Vueltos de nuestra excursión en las cercanías de la estación, volvemos a ocupar nuestros lugares en los estrechos coupés del ferrocarril. La marcha del



tren prosigue lenta y frecuentemente interrumpida.

La vía es pésima y por demás peligrosa. Los trabajos de reconstrucción no han alcanzado todavía este punto. Sin tener tiempo de levantar los escombros que señalan el paso de la guerra impía y destructora, apenas si se ha tendido una vía provisional e imperfecta, sobre puentes temblorosos, que parece se van a quebrar bajo nuestro peso. De todos los carros innumerables del convoy, ya no queda más que el nuestro (los otros han sido transportados uno a uno durante la mañana). Y, sin embargo, las probabilidades de bajar de mala manera hasta el fondo de aquellos abismos negros, a donde no llegan siquiera

mientras corría, muy abiertos los ojos, algún aire monótono cualquiera sin lograr concluir nunca ni la primera estrofa. Así canta también, porque tiene miedo, su son de acero, la máquina, al cruzar los precipicios...

Pero el tramo delicado está ya a nuestras espaldas. Ahora nos atrevemos a sacar la cabeza por la ventanilla. El aire caliente evapora de nuestras frentes las gotas de sudor que lo bochornoso de la temperatura y las emociones del momento han causado. El terreno a los lados del camino está totalmente roto, revuelto y descompuesto. Zanjas y fosos lo cortan con frecuencia: trincheras abandonadas. Más



El vestíbulo egipcio del Crystall Palace, en Londres, utilizado como alojamiento de marinería

los rayos del sol de mediodía, no son menores que las que tenemos de alcanzar la orilla opuesta sanos y salvos. Más despacio que una tortuga, pero nerviosamente, voltean las ruedas sobre los rieles inseguros.

El estridente silbar de la locomotora, que pita incesante al trasponer un precipicio, tiene algo de acongojante y melancólico que trae a mi memoria momentos de mi niñez. Cuando alguna noche obscura hube de pasar por una callejuela abandonada y falta de toda iluminación, sólo lograba acallar las ansias de miedo angustioso que aceleraba la marcha de mi corazón de niño, cantando con recia voz

nuevos son los montículos de tierra suelta que se continúan sin tocarse formando una larga colina en medio de dos trincheras. Semejan a los cerrillos de arena que forman los ciclones en el desierto. Sólo que en el desierto es el ciclón un resultado de la coordinación de las fuerzas de la Naturaleza, mientras que aquí fueron brazos humanos los que formaron las colinas, después que el ciclón de la guerra echó los cimientos de cadáveres humanos.

Aquí—me dice el oficial que está a mi lado—luchó el regimiento a que pertenezco, bajo las órdenes del General von Linsingen, cuyo ejército se componía de tropas alemanas y austro-húngaras, por mi-



tad. Muchos de los que allí yacen fueron un tiempo mis camaradas de armas. Vea V. esa trinchera que viene ahora. Es la última de los Cárpatos donde los rusos se sostuvieron con decisión. Sus pérdidas fueron enormes.

De entre la tierra suelta de las tumbas, reseca por los cálidos rayos del sol, se desprende un hedor penetrante, que un vientecillo tenaz arroja hasta nuestras narices. Aunque ya le conozco, no me es por esto menos repugnante; nos vemos precisados a encerrarnos de nuevo en los coupés, en mangas de camisa, pues la americana es demasiado peso para la temperatura de nuestra prisión.

te. En primer lugar, porque se ven libres de las tareas penosas de la guerra, donde los espera a cada paso el látigo del superior o la bala del enemigo. En estas condiciones, hay que confesarlo, no es la vida un placer.

Preterible de todo punto es ser prisionero de los enemigos y concluir al día la tarea de un niño. Tanto más, cuanto que el trato que de los austriacos reciben es insuperable. La alimentación no puede dejar que desear, tanto desde el punto de vista de la cantidad, como desde el de la calidad. Ciertamente, la comida no es ninguna comida para un gastrónomo; mas para bocas de cosacos es bas-



El general austriaco Metzger y los coroneles Christophori y Slameezka, del gran Cuartel General

Grupos de prisioneros rusos se ven en las cercanías o se destacan a lo lejos. Una larga columna descubre nuestro pintor Töne. Son más de 2,000, que van, sin duda, a reparar vías y caminos o terraplenes que bajo otro mando, no hace mucho, tuvieron quizás que destruir ellos mismos. O van, tal vez, a hacer desmontes o a sepultar más profundamente los cadáveres pestilentes, después de regarlos con cal, para hacer más difícil la propagación de enfermedades, en especial del cólera tan temido.

En general, según lo que yo mismo he visto y lo que he oído, puedo asegurar que los rusos prisioneros en manos austriacas están contentos con su suer-

tante agradable. Lo principal es que sea sana y fortificante. Y lo es.

Columnas de zapadores austriacos marchan lentamente al lado de la vía. Por todos los caminos avanzan grupos de soldados que van al frente. De cuando en cuando llegan hasta nosotros trozos de canciones alegres o patrióticas que cantan al compás de su paso uniforme. La decisión, la confianza, el buen humor de estos defensores de su patria y su prestigio, levantan y fortifican el ánimo, como una marcha militar o el toque de un clarín guerrero.

Más tristes son las largas caravanas de campesinos que, alejados por la invasión, vuelven a sus al-



deas con todas las penalidades de la miseria. Algunos tienen carros de que tiran hombres y mujeres. En los carros van los enseres indispensables de una familia, en desorden abigarrado. Algunas mantas y colchas sucias y destrozadas muestran que más de una vez sirvieron de lecho a sus señores, tendidas a la vera de un camino mojado por la lluvia. Algunas cacerolas y sartenes, liachos de ropas. Más arriba un niño de brazos, un perro ladrando o un canario amarillo.

Otros, que no gozan de la posesión de un carro semejante, han reducido su equipaje al extremo. Un envoltorio sobre la cabeza, un canasto en una mano, tirando con la otra de un niño cansado, caminan sudorosos hombres y mujeres, mozas y ancianos. A pesar de la fatiga y de las privaciones sufridas durante largos meses, en sus rostros y en su paso se adivina el contento interno del que vuelve al hogar, más si fué obligado a abandonarlo.

Esas son las más tristes víctimas de la guerra,—solloza nuestro filósofo noruego.—Para ellas no hay la satisfacción de haber servido activamente a la patria; la gloria del soldado no las alcanza. Para ellas no hay sino sufrimientos, incomodidades, llantos y miseria. ¿No será posible que las naciones civilizadas encuentren una manera de hacerse la guerra, sin poner en peligro a la población civil? En los últimos tiempos se ha adelantado mucho en este sentido. Se ha reconocido la intangibilidad de la población civil. Esto ya es mucho. Pero aún queda por estudiar la manera de evitarle incomodidades tales como las de ver sus haciendas abrasarse en llamas o sus vidas a merced de las balas amigas y enemigas. ¿Si se pudiera llevar la guerra en distritos, zonas o sectores determinados de antemano con prohibición de habitar y construir en ellos, como se prohíbe hacerlo en el lecho de un río!

Esto es imposible—opone un oficial—desde el punto de vista estratégico y difícil tácticamente. Más aún en la actualidad, en que las guerras se desarrollan entre ejércitos de millones de combatientes. Limitar el campo de operaciones a zonas o sectores no puede ser, sino cuando éstos fueran tan grandes como el frente actual desde el Báltico hasta el Adriático. Con lo cual se despojaría a la misma población civil de fuentes muy importantes de elementos de vida, durante las épocas de paz, que son más largas que las de guerra.

Sin embargo,—responde el doctor—si tanto no es posible, al menos habría que variar ciertos puntos. Por ejemplo ¿por qué se construye una fortaleza precisamente alrededor de una gran población y no en campo raso? En la edad media era muy natural, pues se trataba de defender a los habitantes de la plaza fuerte; pero actualmente una fortaleza defiende un país, cubre una línea de comunicaciones o algo semejante. La guerra actual nos muestra que hay muchas ventajas en dejar indefensas las ciudades, dado que no se lucha contra hordas de salvajes.

Tácticamente...—agrega el señor Cónsul,—pero un ordenanza interviene con su voz robusta:

«Meine Herren, aquí está el Lunch!»

J. C. GUERRERO

## LOS DOS «ESTADOS»

Los ideólogos, utopistas, amantes de frases enredadas, esclavos de la forma e ignorantes de la substancia, enredadores de pluma, endiosados en pedestales minúsculos que ellos mismos se fabrican; en una palabra, esa parte de personas, mariposas de la república, que revolotean y no edifican nada sólido, no entenderían, si lo leyeran, lo que sigue. La diligente hormiga, la laboriosa abeja, el trabajador ejemplar, cualquiera que sea la esfera en que se mueven, no necesitarán leerlo todo para hacerse cargo de lo que digo, porque se lo saben de memoria y les llega a lo vivo.

Hay dos clases diferentes de *Estados*. Una de las formas inspira terror, infunde pánico, llena de espanto al industrial, al comerciante, al labriego, al marino, y también al abogado, al ingeniero, al médico, que se dedican en cuerpo y alma a su profesión. El *Estado*, o si se quiere el *fisco*, que es una de sus encarnaciones principales, o si se antoja la *administración*, que es una voz más pudorosa, investiga, oprime, pone cortapisas, acecha, entorpece y dificulta la iniciativa y el trabajo individual y colectivo. A su aparición, el dinero tiembla y se esconde, el hombre probo piensa en el disimulo, el engaño, el fraude. Es el enemigo, el enemigo implacable, pulpo de mil tentáculos, argos de ojos innumerables, que todo lo sabe, todo lo escudriña y dispone de una inmensa gama de medios para estrujar a su presa. Quien ignore quién y cómo es ese sujeto terrible, llámese administración, fisco o Estado, puede darse una vuelta por Francia, por ejemplo, y sabrá a qué atenerse. El país prospera y adelanta a pesar del pavoroso espectro, no obstante la voracidad insaciable del monstruo y su despreocupación. Cuando la fiera quiere proteger los intereses de sus víctimas, éstas pierden toda esperanza; porque tiene la mano tan dura y es tan rudimentario su magín, que asunto en que interviene, asunto que queda perdido para el consumidor. Lo mejor que puede suceder es que el heliogábalo se dedique a aplacar su hambre y no se meta a redentor; hasta sus caricias duelen y sus mimos despellejan.

Pero existe otro linaje de *Estado* que es el reverso de la medalla. Siempre despierto, velando noche y día, su alma es la previsión, y dotado de fuerzas inauditas, asegura el bienestar de las multitudes. Cuanto consume, y no es poco, no se pierde en mera glotonería, sino que se transforma en trabajo útil, cuyos resultados y beneficios se derraman por el país y llegan al último ciudadano. Este Estado es el protector y no el enemigo; se le busca, en vez de huir de él; es una necesidad y no una carga; se reclama a cada momento su acción, en vez de soporlarla porque no hay otro remedio. Quien dude sobre la existencia de semejante Administración, lléguese a Alemania, con guerra y sin ella, y se rendirá a la evidencia. Si le asusta el estrépito de las armas, pero no los submarinos, márchese a la América del Norte. Hasta no hace mucho tiempo, podía también optar por el viaje a Inglaterra.

El *Estado* alemán creó una marina que enriqueció al Imperio; difundió una instrucción tan acabada y completa, que los jóvenes alemanes, armados con ella cual nuevos y modernísimos paladines, vencie-



ron a sus rivales en las lides pacíficas de la conquista de mercados y negocios; desarrolló y protegió las ciencias y las artes; creó una agricultura que parecía imposible; atendió a la seguridad exterior; se preocupó del presente y del porvenir; sólo fué duro con el malo, el holgazán, el falso.

Por eso, mientras que el *Estado fantasma* ve cómo se le cierran las puertas cada vez que pide algo, y se siente envuelto en una atmósfera de desconfianza y recelo, el *Estado bienhechor* encuentra facilidades para todo. Las órdenes del *Fantasma* son desacatadas, incumplidas, eludidas, si ello está en la mano del paciente; a la par que las indicaciones del *Bienhechor* se obedecen del único modo en que la obediencia es provechosa: por convicción y con gusto, hasta por egoísmo. Pide el uno dinero y los negociantes, los grandes lucrativos, acuden con preferencia a la miel, llamados por el afán de lucro; cuando lo demanda el otro, son los pequeños capitales los primeros en desatar sus bolsas. Dicta el uno cierta medida de previsión—porque a las veces también hace gala de esta cualidad—y el coro se llama a engaño, persuadido de que el mal es más grave y acaso no tiene remedio; pero la promulga el otro, y no parece sino que, al privarse de algo, los ciudadanos se sienten aliviados de un peso que les atormentaba: saben, y la experiencia lo ha demostrado, que la abundancia de hoy no es el hambre de mañana, sino que la parquedad de momento es la vida para siempre. Pregona el uno su robustez, y malogra, antes de su completo desarrollo o ya en edad caduca, a adolescentes y ancianos; no oculta el otro sus dificultades, y a la vez licencia soldados y domina y vence en todas sus fronteras. Tal se desgañita y queda afónico, perdiendo sus energías en menesteres no siempre varoniles; cual, calla y golpea, reedifica, suma y atesora. Toda la confianza que merece el uno, la pierde el otro. Aquel pretende convencer de que lo blanco es negro, valiéndose de métodos escolásticos; éste no pretende nada, y se circunscribe a derramar la luz sobre los hechos, para que la verdad aparezca como es. El uno no reprime su lengua; prepara la cuenta el otro. Si el *Fantasma* confía en la ayuda de gentes neutrales y en el esfuerzo de africanos, asiáticos y malayos, el *Bienhechor* se postra ante la divinidad y, reconfortado con la ética, no ha menester de otro brazo que del suyo propio. De un lado, lo condicional y lo futuro; del otro, lo actual, lo positivo y tangible. En un campo, el hombre fornido, en la edad viril, equilibrado de cuerpo y de espíritu; en el otro, no el muchacho cuya defensa está en la lengua, sino el anciano en las fronteras de la decrepitud, nuevo Faust que lamenta el bien perdido y recuerda con impotente furor los tiempos que no volverán, por desdicha para él, pero no para los demás.

Por eso también, hay tantas personas que, conociendo sólo el *Estado fantasma*, no comprenden el *Estado bienhechor* y miden a los dos con el mismo rasero, confundiendo al tirano y al voraz con el protector y previsor.

.....

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Así paga el diablo...

(El señor B).—No me esperaba V. ¿verdad don Subrio?

—¿Por qué? ¿Qué sería de mí sin su grata presencia y amena conversación?

(El señor B).—Sin duda creía V. que estaba yo acobardado y no vendría.

—¿Por qué? vuelvo a repetir. La terraza está fresca y la cerveza es buena: ¿cómo iba V. a faltar? Ni lo he sospechado siquiera. Explíqueme V. ¿ocurre algo grave?

(El señor B).—Poca cosa: nuestra derrota en la boca del Skager Rak; estoy dispuesto y prevenido a soportar con paciencia cuantas ironías y cuchufletas tenga V. preparadas.

—Y ¿por eso iba V. a dejar de venir? No nos conoce V., señor B, a los neutrales de por acá. Celebro mucho la derrota de ustedes, que me ha producido una vivísima satisfacción, pero de ahí a tornarla materia de burlas hay un abismo, que me abstendré de cruzar.

(El señor A).—¿Cómo? ¿Va V. a dejar en paz al señor B? ¿V., que de cada derrota de los aliados hace un monumento y la comenta un día sí y el otro también?

—¡Hay que distinguir, amigo, hay que distinguir! Jamás he tomado las desgracias militares de ningún ejército como argumento de mofa; aunque me congratule de la derrota de los aliados, respeto a éstos lo bastante para abstenerme de frases que me harían poco favor. ¿Hemos perdido, por ventura, la hidalguía española?

(El señor A).—Le desconozco, don Subrio. Niega V. toda su historia y borra sus conversaciones.

—No me divierto a costas de los infortunios de los ejércitos; lo que me regocija, y a ello concreto mis sátiras, son las habilidades de los Arlequines, que se empeñan en hacernos creer que lo blanco es negro y nos pintan el mayor desastre como espléndida victoria. Si los literatos o que presumen de tales, aliadófilos y aliados guardasen silencio y no manejaran el arco del violón, nuestras conversaciones habrían derivado en otro sentido.

(El señor B).—Empréndala V. conmigo, don Subrio, que comienzo a impacientarme. Los malos tragos, pasarlos pronto; y como apunta V. a mi caballo...

—Han sido ustedes derrotados, señor B, cosa que nada tiene de sorprendente, porque esa es una fruta abundante en la guerra. Pero han sobrellevado ustedes la derrota con dignidad; han cantado el golpe, han declarado, si no todas las pérdidas, las más de ellas; y han desechado los artificiosos y manidos razonamientos de otros aliados. Es verdad que algún periódico ha salido por peteneras, pero el gobierno ha afrontado virilmente el descalabro, y la mayoría del pueblo también. Reciba V. mi felicitación, señor B: así se conduce una nación fuerte, y no como otras cuya senilidad las ha llevado a la chochez.

El (señor B).—Me deja V. pasmado, don Subrio; no esperaba oír semejantes palabras.

—Lo cortés no quita a lo valiente. Mi mayor alegría sería que desapareciera toda la escuadra in-



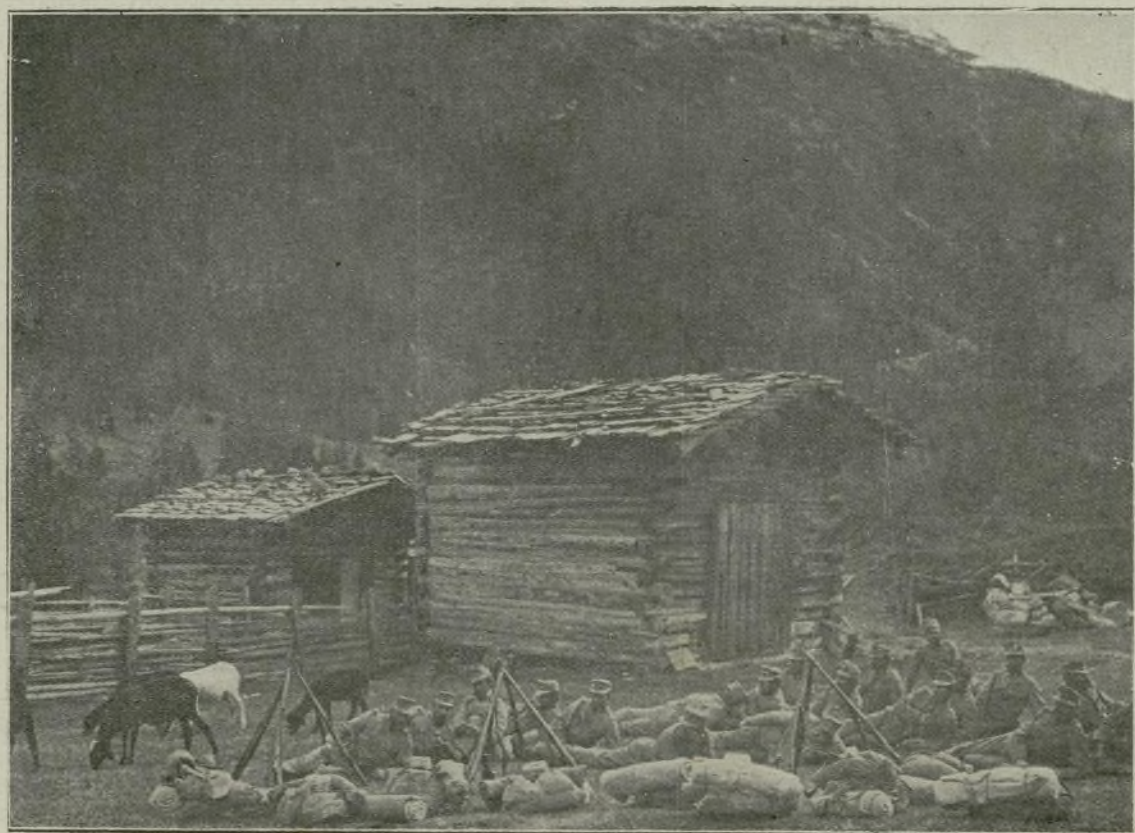


El general Roth, con su Cuartel General en el Tirol

glesa, para que el mundo pudiese respirar, y por consiguiente nosotros también; pero tengo que reconocer, y reconozco, que en esta ocasión Inglaterra, en general, ha soportado la derrota con entereza y no ha perdido el dominio de sí misma.

(El señor B).—Muchas gracias; lo que V. me dice no deja de ser una corta compensación.

—No podía yo hablar de otro modo. Los alemanes, haciendo justicia a su rival, han declarado que las dotaciones inglesas se condujeron valientemente



Un descanso en los Alpes de una patrulla de tiradores tiroleses austriacos





Artillería pesada francesa, camino del Iser

en el combate; preciosa confesión que no estaría de más imitasen los franceses, rusos y demás libertadores al referirse a los imperiales, bien que a éstos no les hace ninguna falta. Los impotentes y afeminados, cuando caen vomitan injurias; nunca se demues-

tra tanto el temple de alma de los fuertes, como en la desgracia.

(El señor B.)—Me apuntaba V. a mí y da al señor A: es una buena carambola.

—Todas las bolas, aunque se tiren mal, dan en



Campamento inglés ante las pirámides de Egipto



el señor A; tiene tantos puntos flacos que es imposible no acertar en alguno. Quien dice el señor A, dice sus amigos, por supuesto.

(El señor A).—¿Qué motivos han dado para que se ensañe V. de ese modo?

—Más que pelos tiene V. en la cabeza. ¿Puede ser más cómica la explicación que hace tres meses se está dando de los reveses en Verdun? Según los informadores oficiosos, los alemanes han empeñado ya 53 nuevas divisiones, aparte del ejército que inició la batalla; y cada día nos cuentan que el atacante está agotado. Los señores galos querían ejecutar una ofensiva y ni siquiera son capaces de contener los avances del sitiador en un punto de la línea. ¡Es natural! Pretender defenderse con discursos y con esas truncadas de autores del siglo XVII. ¡Qué peste de Arlequines, tan vácuos de mollera como henchidos de vanidad!

(El señor A).—Milagro fuera que no pagara yo los platos rotos.

—Algo más pagará V., porque la cuenta será crecida. Sólo el capítulo de indemnizaciones por las extralimitaciones de lengua y pluma, importará un buen pico.

(El señor B).—Cuando estoy alegre, V. me ataca; en cambio, cuando estoy apesadumbrado...

—Pero ¿V. está triste alguna vez? Mientras pueda V. garantizar la libertad de los mares para su uso propio, no hay motivo para desesperar. Todavía han de ser flagelados más intensamente los franceses, rusos y bersaglieri, y cuando les llegue a ustedes el turno tendrán buen cuidado de hacer un cambio de frente. Otros quedarán en las astas del toro, mientras ustedes se refugian en la barrera. Me consuela la idea de que para la próxima danza los alemanes tendrán más submarinos y más, muchos más, dirigibles y aeroplanos. ¡Quién sabe si inventarán gases asfixiantes que pasen de un lado a otro del canal!

(El señor B).—Me alarma V., don Subrio; eso es peor que lo del Skager Rak.

—Para ustedes esta guerra no tiene más alcance que el de un simple aviso. Las barbas no se pelarán hasta la otra. Aprovechénselos del corto tiempo que les queda de vida descansada y regalona; prevengan fuerzas para cuando no sean otros quienes les ganen el pan.

(El señor B).—Si tan lejos me lo fía V., puedo dormir tranquilo.

—¡Ojalá durara su sueño muchos años! ¡Qué bonito será el despertarlo!

(El señor B).—¿Se ha formado V. cargo de las operaciones en el frente austro-italiano?

—Yo, sí; los italianos, no. El descenso a todo correr, desde los Alpes al llano, les ha desorientado y ni siquiera saben por dónde andan. Nunca hubiera dicho que tuvieran las piernas tan largas ni que poseyeran tantos cañones como los que han caído en poder de los austriacos. Si no llegan a intervenir los rusos, estarían ya los italianos en el estrecho de Messina. Y Annunzio, ¿qué se habrán hecho Annunzio y sus bombitos?

(El señor B).—Ha resultado más chistoso de lo que era de esperar. Cuando pronunció su famoso discurso a los *romani*, aquel discurso cuyo único defecto consistió en que el orador no pudo mesarse las melenas, porque no las tiene, no se acordó de que la

roca Tarpeya estaba muy cerca. ¡Cualquier día se mete en otra!

—Los intelectuales (?) no escarmentan. ¿No ve V. que para ellos el mundo está encerrado entre los cuatro huesos del cráneo? Si pudiésemos asomarnos al interior ¡qué chasco recibiríamos! Generalmente, no hay más que un tratado de egolatría.

(El señor B).—Yo no me he llevado chasco, lo declaro. No esperaba nada de los italianos.

(El señor A).—Pues yo sí, porque han hecho menos que nada. Su actuación sólo ha conducido a desmoralizarnos. Gracias a qué de antemano estábamos prevenidos. ¡Tantos alpini y tanta palabrería, para tomar las de Villadiego a las primeras de cambio!

(El señor B).—Si hubiesen querido ayudar a los serbios no les ocurriría lo de ahora.

(El señor A).—Se lo merecen por testarudos. ¿Por qué no quisieron ir a Salónica? ¿Por qué tampoco al frente occidental? Querían pelear ellos solitos; pues, ya lo tienen.

—Les escucho a ustedes con asombro. Son ustedes más agresivos que yo mismo.

(El señor B).—Ni en serio deberíamos tomar esa guerra tan mal conducida.

(El señor A).—La verdad es que esos aliados nos desacreditan. Ya verá V. cómo no librarán ninguna batalla del Marne, ni habrá allí otro Verdun. ¿A qué se metían en el fregado, si no contaban con fuerzas? No hablemos más de ellos.

(El señor B).—Y todavía hubo un crítico, según nos contó don Subrio, que sostenía que los italianos conservaban su ejército intacto para imponerse al fin de la guerra. ¡Qué pupila tenía el amigo! Por algo no hemos querido abaratarles el carbón.

—¡Señores! ¿Van ustedes a arrancar todo el pellejo a Italia?

(El señor A).—Ya se encargarán de ello los austriacos. ¡Vaya una ayuda que nos han prestado! ¡Hemos sido víctimas de una burla! ¡Y con alevosía y premeditación!

(El señor B).—Un timo de los perdigones. Mucho prometer, y a la hora de dar trigo se retiran.

(El señor A).—Si siquiera hubiesen hecho una retirada estratégica, como la de los rusos...

(El señor B).—O la nuestra de Gallípoli, o la de los belgas de Amberes, o la de...

(El señor A).—La culpa es nuestra por haberles hecho caso; nos han engañado.

(El señor B).—Nos han ofendido; más que eso, nos han insultado.

(El señor A).—Si es que no obran con su cuenta y razón; no me sorprendería.

(El señor B).—Voy sospechando que están de acuerdo con los alemanes.

(El señor A).—Por eso no les han declarado la guerra. ¡Ah, tunantes!

(El señor B).—Les ajustaremos las cuentas, si señor; pues ¡no faltaba más!

(El señor A).—¡Pensar que una parte de Saboya aún está en sus manos!

(El señor B).—Y que se metieron en Tripolitania y que Sicilia es una isla tan hermosa.

—¡Oh, profetas de la libertad y el derecho! Así paga el diablo a quien bien le sirve.

SUBRIO ESCÁPULA



## LA CAMPAÑA NAVAL

En todos los tonos y de todos los modos ha sido repetido hasta la saciedad que la verdad exacta de cuanto acontece en esta guerra sólo lo sabrán nuestros nietos.

Sin negar la exageración del aserto, se ha de convenir en que, por lo menos, transcurrirán diez o quince años después de firmada la paz antes de que la verdad integral se depure.

En la actualidad, el relativo aislamiento de los unos y la intromisión interesada de los otros, son tremendos obstáculos para contrastar la exactitud de los datos. Se callan muchos sucesos, se exageran otros éstos se desvirtúan y aquéllos se tergiversan, quedando, en resúmenes cuentas, mal parada la historia.

Esto, que es general en todo lo referente a la guerra, tiene aún mayor aplicación respecto de los datos referentes a la campaña naval. El colosal esfuerzo de los germanos, que ora con sus acorazados de combate, ora con sus cruceros rápidos, ora con sus osados submarinos han resquebrajado los cimientos del edificio del poderío naval británico, ha sido tan fructífero en resultados que su éxito no ha podido por menos de causar general asombro y de trascender al público, primero entre la misma estupefacción del enemigo, después entre las lágrimas de cocodrilo de éste, y por fin entre las noticias truncadas y amañadas por una prensa hostil y calumniosa.

No es, pues, de extrañar que los datos referentes a la campaña naval que hoy ofrecemos al público sean incompletos por defecto, en absoluto, y por exceso, tal vez en algunos casos. Nos explicaremos: es indudable que muchos de los siniestros ocurridos a los buques de guerra se han ocultado, así como los sucedidos a los buques mercantes en alta mar, pues su conocimiento exacto hubiera dado pobre idea de la potencia naval de los aliados; y en cambio tratándose de la guerra submarina es posible que una simple catástrofe se duplique o triplicará en la prensa, ya de intento, ya porque telegrafistas, radiografistas, traductores y linotipistas al poner sus manos en un nombre lo desfiguran de modo que resulta completamente distinto.

Si a esto se añade que la prensa, casi única fuente de información en la actualidad sobre esta materia, omite a veces especificar el desplazamiento del buque y el lugar donde ha ocurrido el accidente, se compren-

derá que no es muy imposible una repetición, y que falten muchos datos referentes a tonelaje.

A pesar de todo, nuestra estadística va enriquecida con cuantos datos se han publicado y, depurada, será uno de los documentos que ayudarán a conocer la verdad integral a que al principio nos hemos referido.

Advertiremos ahora que las fechas unas son exactas y otras se refieren al día en que apareció la noticia, por no haber sido posible deducir de ésta con exactitud la del siniestro.

Para más clara comprensión de esta estadística téngase presente que en ella el guión (—) denota identidad; el interrogante (?) duda; las comillas (") carencia de datos; *f. de c.*, hablando de barcos de guerra, significa *fuera de combate*; *f. de t.*, cuando se trata de barcos mercantes, indica *fuera de tráfico*; el asterisco volado (\*) sobre un nombre denota que el buque ha sido citado como hundido en diferente lugar, o que existe otro de nombre tan parecido que podría ser el mismo.

Otras veces, a pesar de identidad nominal, se trata, evidentemente, de buques distintos. Resulta también, en ocasiones, que el marcado con asterisco (\*) como *f. de c.* o *f. de t.*, figura en otro lugar como hundido.

No obstante, son tan contados estos casos, y es tan aproximado el número de buques perdidos de nuestra lista al confesado por la prensa aliada, que se le puede tener como exacto por defecto.

Diremos también que el criterio seguido para anotar los buques neutrales perdidos ha sido el destino y carga del buque, esto es, cuando su pérdida ha perjudicado a los países enemigos de los Imperios centrales. Respecto a éstos sólo damos las pérdidas de la armada.

En la casilla de las observaciones se ha puesto el nombre del buque enemigo que ha causado el naufragio, siempre que ha originado una serie de ellos, habiéndose también numerado los buques hundidos por cada uno de los cruceros o corsarios.

En fin, dentro de la escasez de datos, y dada la imperfección de los reportes diarios, casi única fuente de información disponible, hemos formado una estadística, que aunque forzosamente incompleta, da perfecta idea de cuán vacía de sentido es la frase favorita de algunos escritores al afirmar que *la guerra naval ha sido para los alemanes de éxitos ruidosos más que reales.*

JOSÉ PÉREZ HERVÁS

### Buques de guerra

### INGLATERRA

N.º	Nombre del buque	Clasificación	Tonels	Fecha	Sitio	Modo	Observaciones
1	Amphion	Crucero	3.440	6 Agosto 14	Bocas del Támesis	Mina	
2	Druid	Cazatorpedero	1.080	9 — —	Heligoland	Cañón	
3	Laertes	—	980	— — —	—	—	
4	Phoenix	—	780	— — —	—	—	
5	Speedy	—	810	3 Sepbre. 14	—	—?	
6	Dóver	—	800	20 Octub. 14	Mar del Norte	Mina	
7	N.º 3	Submarino	800	24 — —	—	—	
8	N.º 1	Torpedero	800	28 — —	Costa belga	Cañón	
9	N.º 2	—	800	— — —	—	—	
10	N.º 3	—	800	— — —	—	—	
11	N.º 2	Submarino	800	9 Agosto 14	Mar del Norte	Mina	
12	N.º 1	—	800	— — —	—	—	
13	Bulfinch	Cazatorpedero	800	2 Octubre 14	Stfalsund	Cañón	
14	Fisgard II (b. esc. <sup>a</sup> )	Crucero	2.500	— — —	—	—	
15	Pegasus	—	2.135	20 Sepbre. 14	Costa belga	—	
16	Aboukir	Acorazado	12.200	22 Sepbre. 14	Mar del Norte	Torpedo	Del U. 29
17	Hogue	—	—	— — —	—	—	
18	Cressy	—	26.360	— — —	—	—	
19	Hawke	Crucero	7.850	15 Octub. 14	—	—	
20	Hermes	—	5.700	31 — —	Fte. Ostende	—	O. Batrs. Ostende?
21	Pathfinder	—	3.000	5 Sepbre. 14	Costa Escocesa	—	U. 7
22	N.º 5	Submarino	800	3 Nvbre. 14	Mar del Norte	Mina	
23	Good Hope	Acorazado	14.300	1 — —	Chile	Cañón	
24	Monmouth	Crucero	10.000	— — —	—	—	
25	Formidable	Acorazado	15.250	1 Enero 15	Walmer	Torpedo	
26	Bulwark	—	15.250	22 Nvbre. 14	—	Mina?	F. de C.
27	Lion ?	—	26.360	26 Enero 15	Mar del Norte	Cañón	(Del tipo del New Zealand o Princess Royal)
28	N.º 4	Destroyer	1.000	— — —	—	—	
29	N.º 5	—	1.000	— — —	—	—	
30	N.º 6	—	1.000	— — —	—	—	
31	Audacious	Superdreadnought	27.000	— — —	—	Subm. Torp.	(Presenciado por los tripulantes del trans. Olympic.)
32	Wiknor	Crucero auxiliar	4.000	27 Enero 15	Costa Escocesa	Torpedo	
33	Clan Mc Naughton	—	5.900	3 Febrero 15	Mar del Norte	—	
34	Dayaro	—	4.000	11 Marzo 15	Costa inglesa	—	

(Continuará)



### ¿QUÉ SUERTE HA CORRIDO EL «WARSPITE?»

Insisten los alemanes en que el superdreadnought inglés *Warspite* se ha ido a pique después de la batalla del 31 de mayo; los ingleses niegan este hecho. He aquí algunos antecedentes que permitirán formar juicio a los lectores.

Un corresponsal inglés en Edinburgo, hablando con las tripulaciones de los barcos que tomaron parte en la batalla, dice:

«La llegada de los cuatro veloces acorazados restableció el equilibrio de las fuerzas en igualdad de cañones. Uno de los recién llegados, el *Warspite*, fué atacado por cinco barcos grandes enemigos y dejó sus huellas en tres de ellos, pero a su vez tuvo que retirarse».

Más explícito, otro corresponsal, escribe desde Portsmouth:

«El comportamiento del *Warspite* en la gran batalla naval es una de las más brillantes páginas navales.

»El *Warrior* estaba indefenso, con sus máquinas inutilizadas. Sus pañoles estaban sumergidos y la tripulación, no pudiendo hacer uso de las municiones, estaba imposibilitada de servir las piezas. Convencidos todos de que pronto irían a hacer compañía a sus camaradas, bajo las olas, los hombres del *Warrior* aguardaban tranquilamente la muerte.

»De pronto vieron aparecer en el horizonte un enorme barco que marchaba a tremenda velocidad, cortando briosamente el agua. Era el rápido y poderoso *Warspite* (gemelo del *Queen Elizabeth*) que el almirante Jellicoe, advirtiendo el peligro en que se encontraba el *Warrior*, había enviado desde la cabeza de la escuadra para socorrerle.

»Apenas llegado, el gran acorazado, abrió el fue-

go con sus cañones de 38 centímetros. A toda velocidad se metió en la refriega. Reconociendo en él su salvador, los hombres del *Warrior* le saludaron con entusiastas aclamaciones. El acorazado respondió con tono bronco, y se interpuso entre el inerme *Warrior* y los barcos alemanes que batían sus silenciosas torres.

»Inmediatamente salió una andanada de 38 centímetros de las baterías del *Warspite*; un barco alemán recibió todo el efecto de ella y se fué a pique. Sirviendo de escudo, el *Warspite* comenzó a dar vueltas alrededor del *Warrior*, atrayendo sobre sí todo el fuego de los barcos alemanes y replicando con vigor y grande efecto. Una granada destrozó su rueda del timón, pero el *Warspite* siguió en fuego combatiendo con todos los barcos alemanes. Cuatro veces dió la vuelta alrededor del *Warrior*, castigando terriblemente al enemigo con sus grandes cañones.

»¡Retírese usted. Está usted sacrificándose!, señaló el almirante Beatty al *Warspite*, pero como éste estaba sin gobierno no pudo obedecer la orden. Sólo podía permanecer allí y continuar la lucha, lo que hizo tenazmente, a despecho del tremendo fuego que recibía, hasta que sus hermanos los demás dreadnoughts llegaron y la flota alemana huyó a toda velocidad».

Ha de tenerse en cuenta, que al desembarcar la tripulación del *Warspite*, el almirante Thomas, en presencia del almirante príncipe Luis de Battenberg, les felicitó y les dijo que se les concedería licencia a todos, y que gozarían de un descanso bien ganado. Estas palabras y la distinción de que han sido objeto los tripulantes del acorazado, da a comprender que si éste no se ha ido a pique, está por lo menos fuera de combate.

## CRÓNICA MILITAR

I. Contra el puntal de la alianza.—II. El premio colectivo.—III. El general Kitchener.—IV. La victoria de los rusos en Galizia y Volinia.—V. La situación el 13 de junio

### I.—Contra el puntal de la alianza

No se puede desconocer que los aliados no han sabido establecer la concordancia y simultaneidad de esfuerzos, que era el medio más eficaz de que la alianza disponía para imponer su superioridad; pero tampoco cabe negar que los austro-alemanes, adelantándose constantemente en el ejercicio de la iniciativa, han hecho muy difícil aquel concierto.

De las cuatro potencias de la Entente, Inglaterra, por su falta de preparación, no ha podido asumir el primer puesto en la esfera de las operaciones militares; correspondía, y en parte lo han ejercido, a Rusia y Francia, y en segundo término a Italia. Rusia ha sido quien, en todo tiempo, ha estado más dispuesta a unir la acción de sus armas a la de sus aliados, pero, tal vez por este motivo, Rusia ha tenido que sufrir los golpes más duros y es la primera cuyo poderío militar ha sido quebrantado y medio destruido. De aquí que su ayuda haya pesado tan poco en los últimos meses; ha puesto en la obra toda su abnegación y buena voluntad, pero los medios no correspondían a sus deseos, y los imperiales la han

contenido y escarmentado cuantas veces ha intentado probar fortuna.

De bastante más trascendencia hubiera sido la acción de Francia, cuyo ejército estaba más capacitado que el ruso para la guerra y era el mejor para las grandes operaciones ofensivas. Si en estos momentos estuviera relativamente intacto, o se le hubiera podido nutrir ampliamente con nuevos contingentes, como el moskovita, el empuje francés aliviaría la presión que padecen los italianos y contribuiría enérgicamente a dejar libres las manos de los rusos en el Este.

Siendo el más temible de todos, los alemanes cuidaron muy mucho de ponerlo cuanto antes fuera de combate, inutilizando sus mejores elementos. La primera ofensiva, la más enérgica y violenta, tuvo lugar contra los franceses, cuyo ejército de primera línea, el nervio de la fuerza militar, se fundió en las batallas de agosto y septiembre de 1914. Desde entonces, quedó Francia desmembrada, en situación peligrosa, y perdió aquella confianza en sí misma indispensable para emprender un grande ataque, a la vez que perdía lo mejor de su personal y de su ma-



terial. Con esto, la alianza recibió una herida gravísima, de la que fueron consecuencias mediatas las campañas contra rusos y serbios y ahora contra los italianos. El enemigo más formidable es Francia, si se le inutiliza por completo—y a esto tienden los combates de Verdun,—los demás adversarios serán vencidos con mayor facilidad. Haciendo un supremo esfuerzo, Francia se preparó para una vasta ofensiva, que había de iniciarse en la presente primavera o al comenzar el verano; se anticiparon los alemanes en la agresión, al propósito francés, en el que tantas esperanzas habían puesto los aliados, quedó fallido, y como consecuencia Italia y Rusia sólo pueden contar en bastante tiempo con sus propios recursos y capacidades. Si la empresa de Verdun termina favorablemente a los alemanes, la segunda estocada contra Rusia y el nuevo empuje contra Italia serán obras de menos dificultad y de resultados más seguros e inmediatos.

Bien está que a los pueblos de la Entente se les aliente con el panorama de los millones y millones de soldados rusos; en realidad, el alma de la resistencia está en el ejército francés, hasta el punto de que si Francia concertara la paz, la ruina militar de Rusia e Italia llegaría antes de tres meses. En este concepto, los alemanes se acercan más a su objetivo de obtener una paz victoriosa apoderándose de una posición en Verdun, que conquistando 50 kilómetros cuadrados de terreno en Rusia. La impotencia de ésta se ha puesto ya de manifiesto; podrá recuperar algunos pueblos, hasta una plaza fuerte, pero su ejército no es un instrumento adecuado para la ofensiva, al revés de lo que ocurre con las tropas francesas. Pueden, pues, esperar las operaciones en Rusia—opinan los alemanes—, toda vez que los soldados del czar no conseguirán cambiar sensiblemente la situación; mientras que de los franceses hay que temerlos todo: lo más urgente es inutilizarlos. De este modo, por acierto de los alemanes y por irreflexión, si no se quiere llamar imprevisión, de sus adversarios, se ha creado en Verdun un problema militar cuyo planteo difiere esencialmente del de una maniobra estratégica terminada en una batalla decisiva, mas cuyos resultados son los mismos.

Atacados los italianos, Francia comprende aunque no quiera la realidad: no ha de contar más que consigo misma, y muy secundariamente con sus aliados, para salir de la crisis en que se encuentra. Italia, a su vez, se reconoce aislada; Rusia contempla los sucesos del Oeste y del Sur como si no acabara de comprenderlos.

Porque para destruir la alianza en sus cimientos, lo primero que debe de hacerse es que cada una de las partes que la integran advierta la inutilidad de esa alianza y se reconozca, en los efectos, sola en su acción militar. Mientras Rusia fué atacada, la alianza no peligró; hay que ver lo que sucederá ahora que lo son Italia y Francia. No pudiendo, por razones geográficas, quebrantar el concierto anglo-francés, que es la base de toda la alianza, obran bien los imperiales procurando socavar la fuerza de Francia; lo demás, aunque se trate de la inmensa Rusia, no será más que una sucesión de episodios de resultado previsto. Engrandécese, por consiguiente, el cuadro de Verdun: en la para siempre célebre fortaleza se busca la ruina del ejército francés y la destrucción

del puntal más firme con que cuenta la Entente. Rusia se dará cuenta de este hecho más tarde o más temprano y se dispondrá a remediarlo; es muy dudoso que lo consiga. Su campaña en Armenia y Persia le ha creado nuevas necesidades de las que ya no puede desentenderse; sus reveses del invierno y primavera últimos la han escarmentado; la actitud de Rumanía ha sido un triste desengaño; la presencia de una fuerte escuadra alemana en el Báltico es una amenaza que en cualquier momento se convertirá en realidad... Probablemente, el fin de la guerra habrá de buscarse en Rusia, así lo sigo creyendo, pero para llegar a este fin hay que pasar por la derrota o la inutilización del ejército francés, cuyo talón de Aquiles se encuentra en Verdun. Apreciando en estos términos la situación general, no es de extrañar que los alemanes hayan reunido delante de Verdun un material tan inmenso, que a la vez que les economiza fuerzas, les permite ir segando las del adversario.

A este plan, de alcance tan grandioso que se ha necesitado mucho tiempo para descubrirlo, aunque se reconcentre sobre un solo punto, deberían los aliados oponer otro de vuelos no menos grandes; no hay que esperarlo, porque la timidez estratégica de dos años de guerra no es la escuela más a propósito para las concepciones atrevidas.

## II.—El premio colectivo

El ministro de la Guerra francés, general Roques, ha implantado en su ejército un pensamiento digno de loa y de imitación.

Era costumbre antigua en Francia que los actos extraordinarios de valor realizados por los cuerpos y por los individuos, se premiasen con citas en la orden del día del ejército, del cuerpo de ejército, de la división, de la brigada o del regimiento, según la importancia y trascendencia de aquellos. Ya en plena guerra, se completó la idea concediendo a los generales, jefes, oficiales y tropa que hubiesen merecido aquella distinción la «Cruz de Guerra», de forma única para todos los casos, pero con un distintivo especial en cada uno, de suerte que no se confundiera el individuo citado en la orden del ejército, por ejemplo, con el citado en la del cuerpo de ejército. Con esto, el mérito queda evidenciado en todo tiempo, y no reducido el premio a la impresión fugaz de la lectura de una orden, impresión de poca eficacia, toda vez que en una guerra de las proporciones de la presente y en la que toman parte efectivos inmensos, necesariamente los actos de valor extraordinario son muchas y muchos también las citaciones. Restaba completar la medida en lo que se refiere a los cuerpos, al mérito colectivo, y esto es lo que acaba de decretar el general Roques.

En adelante, todo el personal de los cuerpos que sean citados en la orden del día, ostentarán como distintivo especial una forrajera que, rodeando el brazo izquierdo, se sujetará en uno de los botones de la túnica o capote. El uso de la insignia, diferente según el mérito que haya contraído el cuerpo, se limita al personal del cuerpo, dejando de usarla todo jefe, oficial o soldado que sea destinado a otro cuerpo, de suerte que la forrajera sea testimonio, no del mérito individual, sino del mérito colectivo.



Aparte del acierto de esta medida, que revela un profundo conocimiento de la psicología humana, es de aplaudir también en el concepto de que indica una tendencia contraria a la que durante muchos años ha imperado en el ejército francés, y que se iba traduciendo en la uniformidad, cada vez mayor, dentro de cada arma y de todas entre sí. Una cierta diferenciación en los signos exteriores, contribuye a la emulación y al buen espíritu y despierta en el alma del soldado, que siempre tiene algo de infantil, un loable sentimiento de vanidad y satisfacción, del que a veces se originan grandes ventajas. Poco a poco el ejército francés va arrinconando prejuicios que le han sido funestos; la guerra, poniéndole ante la vista la realidad, le ha inducido a entrar en un nuevo camino que antes consideraba equivocado, mal sano y reñido con la idiosincrasia nacional.

### III.—El general Kitchener

La catástrofe del *Hampshire* ha ocurrido en el lugar en que la corriente del Golfo dobla la punta norte de la Gran Bretaña, por lo que es poco probable que hasta allí derivara una mina; más visos de verosimilitud tiene la creencia de que fué un submarino el causante del hundimiento.

Lord Kitchener, que perdió la vida en el accidente mencionado, era sin disputa la primera figura militar de Inglaterra. Había combatido en todos los climas y latitudes, siempre con acierto y éxito, comenzando su brillante renombre cuando la expedición en auxilio de Gordón, sitiado en Jartun. Su labor en la guerra del África del Sur, después de los muchos errores cometidos por sus colegas, fué afortunadísima. Desempeñó el virreinato de la India y el gobierno de la India, cargos en los que se dió a conocer como organizador de primer orden.

Llamado al Ministerio de la Guerra cuando estalló el conflicto actual, desde el primer momento comprendió que lo más urgente era constituir un gran ejército, sin el cual no podría Inglaterra ponerse a la cabeza del grupo de los aliados y dirigir de hecho la campaña. Su actuación tropezó con los mayores obstáculos, que hubieran desanimado a un carácter menos enérgico; no ya en el país, y en las Cámaras, sino en el seno mismo del Gobierno encontró dificultades sin cuento, pero todas quedaron vencidas por la tenacidad del general Kitchener, cuya serena confianza y profunda convicción en la necesidad de las medidas que proponía acabaron por ganar todas las voluntades. En un lapso de tiempo extremadamente corto, improvisó un ejército de millones de hombres, con todo su material, cuando al empezar la guerra apenas se habían podido poner en pie de guerra un centenar de miles de soldados. Atendióse a dotar a esas tropas de oficiales, problema que parecía insoluble, y que, aunque no ha quedado satisfecho por completo, ha permitido sin embargo encuadrar las unidades; llevóse al país el convencimiento de que todas sus energías habían de ponerse al servicio de la guerra, y se marchó con paso seguro hacia el servicio general obligatorio, que nadie hubiera creído posible en Inglaterra, hasta implantarlo íntegramente. Servicios incipientes o rudimentarios, se desarrollaron y llegaron a superar a los análogos de Francia, creáronse otros nuevos, y la

Gran Bretaña, por obra principalmente de su Ministro de la Guerra, llegó a ser una Potencia militar de primer orden.

Lo que Kitchener no pudo conseguir fué lo que estaba fuera del alcance humano: infundir el espíritu militar en el país, instruir a la moderna a las tropas y a sus generales, crear la tradición...

Hombre de férrea voluntad, era el partidario más decidido y resuelto de la prosecución de la guerra a todo trance, y conservaba su impassibilidad y serenidad después de los mayores reveses y descalabros. Sobresalía tanto entre sus colegas, que esta superioridad condujo más de una vez a deplorables consecuencias. Donde estaba Kitchener, su figura obscurcía a las demás; tal vez sin pretenderlo, acaso contra su misma voluntad, el Estado Mayor general quedó relegado a segundo término, pospuesto al Ministro de la Guerra, y éste no sólo fué el organizador y administrador militar de los recursos del país, sino también el director de las operaciones; era imposible que tan varias y múltiples funciones fueran desempeñadas por un solo hombre. El respeto que el general inspiraba hizo enmudecer más de una vez a quienes debieron aconsejarle o indicarle el error en que incurría; pero la autoridad de Kitchener era tanta, que casi nadie se atrevía a exponer reparos o a hacer observaciones. Fué menester que se hicieran públicas las graves torpezas cometidas por el comandante en jefe de las tropas de la India, y que la retirada de Gallipoli conmoviera a la opinión pública, para que Lord Kitchener se desprendiera de una parte de sus funciones directivas y cobrara mayor autonomía el Estado Mayor General. Aun entonces, la dirección de conjunto fué retenida por el Ministro.

Tal fué el hombre que acaba de perder Inglaterra; sin disputa uno de sus hijos más eminentes. Con las dotes que poseía, si hubiera nacido en una nación más militar, es muy probable que su nombre hubiese llegado a figurar entre los de los grandes caudillos. La causa de la guerra ha perdido uno de sus sostenes más firmes. Kitchener, con Grey, representaba en el Gabinete el elemento más adversario de Alemania, el más opuesto a una paz que no significara la victoria indiscutible de Inglaterra.

Las circunstancias en que perdió la vida, cuando iba a ponerse de acuerdo con el Gobierno ruso acerca de varios puntos que han quedado en el secreto, pero entre los cuales figuraba sin duda alguna la campaña en Persia y Mesopotamia, una segunda acción en Gallipoli, y la petición de una ofensiva rusa en el Duina, hacen aún más sensible la desgracia para la Gran Bretaña.

### IV.—La victoria de los rusos en Volinia y Galizia

Con su empuje en el Norte, que tan grave y sangrienta derrota costó en marzo al general Kuropatkin, los rusos trataron de prestar apoyo a los franceses; con su actual ofensiva se proponen aliviar la presión que están sufriendo los italianos; y en los dos casos han querido, ante todo, aprovecharse de circunstancias que consideran favorables.

La presente es, sin embargo, poco propicia. Rumanía, que tanto tiempo fluctuó en la guerra y la paz, ha definido, según todos los síntomas, su acti-



tud, no hostil a los Imperios centrales; Serbia ha dejado de existir; están derrotados los ingleses en Oriente; las operaciones en Armenia comienzan a tomar un cariz inquietante; y el eje de la guerra se encuentra en Verdun, pasando por el momento a ser secundarios los demás teatros.

No obstante, el grupo de ejércitos rusos del S., mandado por el general Brusilov, ha atacado con inusitada violencia las líneas austriacas del Styr, Strypa y Dniester, ha roto el frente enemigo y ha avanzado victoriosamente. En el sector del Styr, los austro-húngaros han sido empujados desde el oeste de Olyka al otro lado del río, cayendo por segunda vez la fortaleza de Luzk en manos de los rusos. El retroceso de los austriacos mide cerca de 40 kilómetros de fondo. Un poco más al S., Dubno se sostiene todavía, así como el trozo de línea hasta Novo Alexinetz. El Strypa ha sido cruzado en varios puntos, replegándose en general los austriacos a la margen izquierda u occidental; y en el Dniester, en la región de Okna, los rusos han ocupado el N. E. de la Bukovina, quedando Czernovitz amenazada otra vez. En estas batallas, los rusos han hecho 72 000 prisioneros y cogido 94 cañones. Es una importante victoria.

Sin embargo, obsérvese que el tono de los partes moskovitas no es tan arrogante como en otras ocasiones en que se trataba de éxitos más nimios; no precisan ni concretan posiciones, obras fuertes y detalles que den a conocer el grado de resistencia que el enemigo ha opuesto; el material de artillería apresado no está en armonía con el gran retroceso del frente austriaco, ni menos aún con el hecho de haber sido roto este frente a viva fuerza: y los comentarios de los críticos ingleses y franceses no son espontáneos, se advierte algo artificioso en su regocijo. Con todo, el hecho del avance ruso y de la retirada austriaca es evidente. Algo hay obscuro en el fondo de todo esto, que no tardará mucho en quedar esclarecido.

Después de veintidós meses de guerra, no se concibe que los austriacos hayan debilitado sus tropas del frente oriental, exponiéndolas a un rudo descalabro, sin haber tomado antes precauciones suficientes, que no podían ser otras que la reunión allá de una fuerte masa de artillería; esta artillería no estaba en posición, pues en tal caso hubiera caído en grandes cantidades en poder de los rusos, dada la rapidez de la retirada del ejército adversario. Sería admisible la creencia de un frente más fuerte y mejor organizado a retaguardia, si no mediara el abandono de Luzk, que es un punto de apoyo de innegable importancia. Como quiera, la ofensiva austriaca en el Trentino no se ha paralizado.

También es de notar que los alemanes no se han apresurado a marchar directamente en socorro de sus aliados, ni les apoyan por medios indirectos, como serían una ofensiva en el Norte o centro del largo frente ruso; de donde se infiere que no juzgan que por el momento la situación sea inquietante. Ni siquiera cabe suponer que se ha llegado a un estado que pueda prolongarse mucho tiempo.

La ruptura de la línea en Luzk ha separado los ejércitos austriacos, al S., de los alemanes, al N., quedando el flanco derecho al descubierto; éstos últimos habrán de rectificar su frente, replegándose al O. o iniciar una contraofensiva. Tampoco puede

continuar en su actual situación el resto de la línea austriaca, desbaratada en conjunto. Nos encontramos, pues, en una situación transitoria, de poca influencia en la marcha general de la campaña en aquel frente.

El ataque ruso comprueba que tenía fundamento real el anuncio de una acción combinada de los aliados en los tres frentes, y acaso también en Macedonia. Con el avance sobre Verdun, los alemanes han hecho abortar el plan en lo que concierne a los franceses e ingleses; con la irrupción en las fronteras del Trentino, los austro-húngaros han arrebatado la iniciativa a los italianos; nada se ha intentado contra Rusia, y esto indica que de los cuatro adversarios era el ruso el menos temible, a juicio de los imperiales. No obstante, es el único que se revuelve contra ellos. Lanzándose al ataque cuando no pueden cooperar sus amigos del Oeste, y los del Sur están inmovilizados, es muy posible que en vez de contribuir al éxito de la causa común la perjudiquen, toda vez que la última esperanza de los aliados está en las incontables masas rusas, y esta esperanza se desvanecerá si se agotan prematuramente.

En otro concepto, dentro de lo incierto e inseguro de la guerra, si algún hecho puede tenerse por indudable es que no se hará la paz sin que los austro-alemanes se esfuercen por reconquistar el trozo de Galizia que aún está bajo la dominación rusa; y que, por consiguiente, si algún ejército ha de estar prevenido contra un empuje formidable es el moskovita del Sur. Para encontrarse en condiciones de repeler la acometida que contra él ha de pronunciarse, lo primero es conservar intactas las fuerzas; los rusos las están derrochando, como si nada tuvieran que temer.

La guerra es sinónimo de lucha, pero se ha de pelear con su cuenta y razón, y no por la mera finalidad de contender con el adversario. Una victoria en el Duina hubiera tenido una resonancia de que carece la de Volinia. Corren peligro las provincias del Báltico de ser arrebatadas para siempre a Rusia; Volinia no se encuentra en este caso, por lo menos mientras haya rusos en Galizia. No porque el frente de batalla se corra al E. o al O. en el sector S. de este teatro, la guerra entrará en su período final; la reconquista del resto de Galizia sería un hecho de gran significación, y de mayor alcance todavía la destrucción de uno de los ejércitos; un avance o un retroceso de algunos kilómetros, no influyen en la marcha de la guerra, tratándose de una nación tan grande como Rusia y de su condición de invadida y derrotada. He aquí por qué el triunfo de los rusos ha despertado tan pocos entusiasmos en el campo de los aliados. Falta la segunda parte de esta operación de guerra, que revelará si efectivamente el mando austriaco ha incurrido en un error gravísimo o si la ofensiva rusa ha sido prematura.

#### V.—La situación el 13 de junio

El almirantazgo alemán ha dado a conocer que en la batalla del 31 de mayo resultaron tan averiadas algunas unidades, que se fueron a pique antes de llegar a puerto. Eran el *Lützow*, crucero de batalla, superdreadnought del tipo más reciente, de 28.000 toneladas y armado con ocho cañones de 30,5 centí-





metros y doce de 15.2; y el pequeño crucero *Rostock*. La pérdida del acorazado inglés *Warspite*, también superdreadnought modernísimo de tonelaje igual al del *Lützow* y de armamento más potente, parece también fuera de duda. Otras unidades, tanto británicas como alemanas, recibieron averías de consideración, que las retendrán largo tiempo en astillero; por este motivo, los ingleses han declarado cerrados dos de sus puertos; la base naval alemana lo está, de hecho, siempre.

La contra-ofensiva turca en el frente de Armenia se ejerce hasta ahora de un modo aislado, contra objetivos concretos, y no con arreglo a un plan que denote una maniobra de conjunto. Ello puede ser debido a la insuficiencia de los refuerzos llegados a aquel teatro. El avance ruso, que quedó contenido hace días, se ha transformado en un repliegue en la región al S. de Erzerum. Nada hay que mencionar en lo que atañe a Persia, Mesopotamia, Egipto, Macedonia y Albania.

En el teatro austro-italiano, el ataque tropieza cada día con mayores dificultades. Los austriacos han ganado algún terreno al E. de la línea Arsiero-Asiago, pero no han podido aún romper la resistencia opuesta en la última línea de alturas que le separan del llano. Tampoco ha conseguido abrirse paso en el Lagarina. Continúan asumiendo los austriacos la ofensiva, aunque no con el empuje del primer período. Si en esta relativa paralización han influído o no los éxitos de los rusos en Volinia, no puede todavía saberse. Los italianos no han desguarnecido el frente del Isonzo, lo que acredita la serenidad del general Cadorna en las difíciles circunstancias pasadas. ¿Se revolverán los austriacos contra Rusia o proseguirán, con preferencia, su acción contra los italianos? La respuesta a estas preguntas depende en definitiva de la resolución que adopten los alemanes.

En el sector de Verdun, después de la conquista del fuerte de Vaux y de las posiciones al S. del fuerte de Douaumont, la acción ha vuelto a quedar limitada a la artillería. Conocido es el método: largo cañoneo hasta conseguir la destrucción de las organizaciones ofensivas que han de ser atacadas y desmoralizar y quebrantar a sus defensores, y conseguido este objetivo previo, un asalto a viva fuerza. La lucha es más viva en la orilla derecha u oriental, aunque tampoco se ha interrumpido la actividad del bombardeo en la margen opuesta. En los últimos días los alemanes han hecho unos 500 prisioneros.

Los ingleses, que habían perdido algunas posiciones de primera línea, contraatacan tratando de recuperarlas, hasta ahora sin resultado.

En el frente italiano está detenida la ofensiva austriaca. Han iniciado los italianos algunas enérgicas acometidas, con frutos tan escasos e insignificantes que ni siquiera pueden apreciarse en los mapas. Mientras los austriacos dominan la línea Arsiero-Asiago, el peligro para Italia subsistirá, y el general Cadorna tendrá que resignarse a no poder ejercer la iniciativa estratégica.

Los acontecimientos de más interés son los del frente ruso. En el sector meridional, no cabe duda que las líneas austriacas han sido deshechas, pero al

mismo tiempo es también evidente que los rusos no han sacado todo el partido posible de la derrota de su adversario. Como todo ejército de reciente formación—y de tal puede calificarse el que manda el general Brusilov—tiene grandes energías para el ataque, pero le falta la costumbre de maniobrar y de acomodarse rápidamente a las circunstancias; la persecución, por los escasos detalles que transmiten los partes oficiales, se ha ejecutado de un modo harto elemental, causando pérdidas y bajas al cuerpo vencido que se tenía inmediatamente delante, pero sin conseguir desbaratar la formación de conjunto, de modo que la victoria táctica se trocara en un desastre estratégico para los austriacos.

Es también de notar que los pocos cuerpos alemanes que formaban en el grupo de ejércitos austro-húngaros del S., no sólo han contenido los ataques de los rusos, sino que han contraatacado a su vez, de donde se infiere, que una de las causas, acaso la principal, de la derrota austriaca se debe a la mala calidad de las tropas, probablemente todas ellas o las más, pertenecientes a las últimas reservas. Queda siempre sin satisfactoria explicación el escaso botín en artillería conquistado por el vencedor.

La plaza de Dubno ha caído en poder de los rusos, resultando así completamente deshecho el frente austriaco en Volinia. También en el Dniester han obtenido los moskovitas ventajas de consideración, así como en el medio Strypa, siendo el único punto en que el frente se conserva en buenas condiciones el centro, ocupado por los alemanes. Pero la derrota del ala izquierda austriaca y el repliegue de la derecha, habrá de modificar la situación en el resto de la línea y trascenderá asimismo en las posiciones alemanas de la Polisia, en la región del Pripet. De consiguiente, la batalla no puede darse por terminada, ni siquiera considerar que se ha llegado a una situación que puede prolongarse mucho tiempo; antes, ha de extenderse la lucha un poco más al N.

Qué hará Alemania, es la pregunta general. Para ayudar a los austriacos puede obrar de dos maneras: enviando al S. algunos cuerpos de ejército, o bien tomando la ofensiva en el N. o en el centro, con objeto de atraer sobre sí la atención y la masa de las fuerzas enemigas. Si dispone de reservas suficientes, parece fuera de duda que no desamparará a los austriacos, pero si el auxilio que les prestase hubiera de ser con menoscabo de las operaciones en Verdun o debilitando sus líneas de Flandes y Artois, es muy posible que se aplaze por el momento la acción contra los rusos. Nos encontramos, pues, en instantes de completa desorientación, de los que puede salir alguna resolución que lleve la guerra a una terminación más reñida de lo que se creía, porque si el ataque ruso en el S. provoca la ofensiva alemana en el N., la contraofensiva en el S. y la continuación de las operaciones en el Trentino, los resultados serán más decisivos que los del año pasado, por hallarse bastante más debilitados todos los ejércitos beligerantes.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

14 de junio de 1916.